De Tirol largo

Juguete cómico en 1 acto y en prosa

por

Miguel Ramos Carrión y Vital Aza

Madrid
1880

DE TIROS LARGOS,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLO DEL ITALIANO

POR

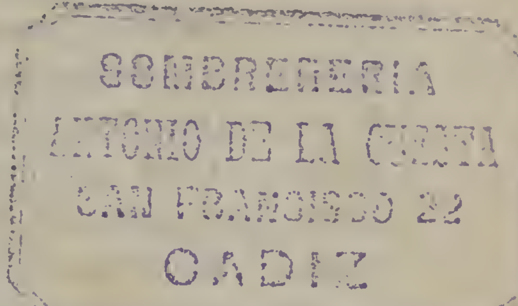
RAMOS CARRION y VITAL AZA.

Estrenado en el Teatro de la ALHAMBRA por la compañía del de la Comedia el 9 de Junio de 1880.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

PERSONAJES.		ACTORES.
ELOISA	SRTAS.	GORRIZ.
MANUELA		GALINDEZ.
DON BENITO	SRES.	ROSSELL.
PEDRO		MARTINEZ.

ACTO ÚNICO.



Gabinete elegante de caballero. Balcon en primer término de la izquierda; [1] puerta en segundo idem; puerta al foro y en segundo derecha; chimenea en primero derecha. Lavabo en el centro á la izquierda; una cómoda en el foro.

ESCENA PRIMERA.

ELOISA, despues MANUELA, por la segunda puerta izquierda.

ELOISA. Las ocho y media todavía! Y hasta las nueve y media me ha dicho papá que no le llame. Pobrecillo! Despues de todo hace perfectamente en cobrarse por anticipado el sueño que ha de perder esta noche para acompañarme al baile. Le tendré preparado todo para que no haga más que vestirse. Manuela! (Llamando.) No esperará él cuando despierte encontrarme ya dispuesta para marchar. Yo he querido vestirme dos horas ántes para estar acostumbrada á todos estos atavíos y á moverme con soltura, á pesar de la cola. Y me parece que ya la manejo con bastante distincion. (Volviéndose y arreglándose la cola.) Manuela!

---

[1] Entiéndase por izquierda y derecha la del espectador.

MAN. (Saliendo) Señorita!

ELOISA. (Sin reparar en que ha entrado Manuela.) Y cómo voy á divertirme esta noche! Yo á un baile! Á un baile de gran tono; á una de las *soirées* más distinguidas! Era mi sueño dorado! Manuela! (Muy fuerte.)

MAN. Señorita, si estoy aquí!

ELOISA. Ay! No había reparado.

MAN. Qué deseaba usted?

ELOISA. Tiene papá dispuesta toda la ropa?

MAN. Señorita, eso es cuenta de Pedro.

ELOISA. Es verdad. Pedro! (Llamando.) Que lo encuentre todo dispuesto al levantarse. Ya se me han caido los polvos. Tendré que darme otros poquitos. (Mirándose en el espejo del lavabo.)

ESCENA II.

DICHOS y PEDRO, por el fondo.

PEDRO. Llamaba la señorita?

ELOISA. Dónde ha puesto usted la ropa de papá?

PEDRO. Qué ropa?

ELOISA. El traje de frac.

PEDRO. No lo ha mandado el sastre.

ELOISA. Que no lo ha mandado todavía? Pero ¿en qué estará pensando? Ya son cerca de las nueve! Pedro, á escape, á buscar esa ropa; que se la den á usted como esté, al momento!

PEDRO. Señorita, ¿y si no está?

ELOISA. Que se la den á usted de todas maneras.

PEDRO. Voy corriendo.

ELOISA. Pedro!

PEDRO. Señorita

ELOISA. Y el clac?

PEDRO. Tampoco lo han traido.

ELOISA. Tampoco? Vaya usted á buscarlo.

PEDRO. Está bien, señorita. (Váse.)

ESCENA III.

ELOISA y MANUELA.

ELOISA. Y tú, Manuela. prepara la camisa de papá.

MAN. Aquí está ya dispuesta.

ELOISA. Tengámoselo todo reunido. porque si no con sus distracciones es capaz de tardar en vestirse dos ó tres horas.

MAN. Dice usted bien; señor más distraido no creo que lo haya en el mundo.

ELOISA. Saca un cuello postizo. Y unos puños. (Manuela va sacando de la cómoda lo que Eloisa le indica y lo coloca sobre las sillas y butacas.)

MAN. Esta mañana, sin ir más lejos, al servirle el chocolate empezó á mojar los bizcochos en el vaso de agua y bebiendo luégo un sorbo, me dijo muy formal: «Manuela, este chocolate está frio.»

ELOISA. Es atroz! Saca un pañuelo.

MAN. Ahora mismo.

ELOISA. Y sus distracciones van á costarle un disgusto el dia menos pensado! En el teatro, pocas noches hace, en lugar de ponerse su capa, se puso la manteleta de una señora que ocupaba el asiento inmediato. Ya sabes que la otra mañana despues de regar las macetas del balcon del gabinete, tiró á la calle la regadera, y por poco mata á un trauseunte.

MAN. Ya está aquí todo.

ELOISA. Á ver si falta algo La camisa, el cuello, los puños postizos y el pañuelo. Y los guantes? Dónde están los guantes?

MAN. Aquí están, señorita. (Lo ha puesto todo en la butaca que habrá cerca del lavabo.)

ELOISA. Ya no falta nada. Ah! Sí; la corbata blanca, lo principal: de seguro no la ha comprado. No tengo más remedio que llamarle. Papá, papá!

BENITO. (Dentro.) Allá voy, allá voy!
MAN. Quiere usted algo más, señorita?
ELOISA. No, nada más. (Vase Manuela.)

ESCENA IV.

ELOISA, luégo D. BENITO, por la puerta de la derecha.

ELOISA. Papá, que es muy tarde! (Desde la puerta.)
BENITO. (Sale riendo á carcajadas.) Es graciosísimo!
ELOISA. De qué te ries?
BENITO. Esto no le pasa á nadie más que á mí! (Riendo siempre.)
ELOISA. Pero qué te sucede?
BENITO. Que tienes razon; (Riéndose.) que no hay un hombre tan distraido como yo!
ELOISA. Por qué?
BENITO. Que por qué? (Riendo.) Porque por lo visto anoche me metí en la cama sin desnudarme.
ELOISA. Pero papá!...
BENITO. Verdad que tiene gracia? (Riendo más.)
ELOISA. Pero papá, si hace una hora que te acostaste despues de comer!
BENITO. Pues es verdad! (Muy serio.)
ELOISA. Y me dijiste que te llamara á las nueve y media.
BENITO. Pues es cierto.
ELOISA. Para vestirte y marcharnos al baile.
BENITO. Pues tienes razon. Ya se me había olvidado el bailecito.
ELOISA. Y te he llamado un poco ántes, porque te has olvidado sin duda de comprar la corbata blanca.
BENITO. Sí que se me ha olvidado.
ELOISA. Es preciso que vayas por una inmediatamente. Yo he mandado á Pedro á casa del sastre á ver si te han concluido el traje.
BENITO. Qué? (Muy contento.) No lo han concluido? (Cúánto me alegro!) Pues, nada, ya comprenderás que sin frac no puedo presentarme en esa casa. Iremos otro dia.
ELOISA. No, papá; si todo estará aquí dentro de un momento.

Pues no faltaba más! Que yo no pudiera lucir mi precioso traje! Verdad que es precioso?

BENITO. Sí que lo es.

ELOISA. Y como vamos á divertirnos!

BENITO. Divertirnos? Me parece que yo no voy á divertirme mucho.

ELOISA. Sí que te divertirás, y sobre todo, que un padre cariñoso como tú, debe sacrificarse por su hija. Así me lo prometiste al ménos cuando salí del colegio dos meses hace.

BENITO. Cierto que te lo prometí. Pero, ¡ay, hija mia! no comprendí entónces hasta dónde me sería costoso tal sacrificio.

ELOISA. ¿De veras, papá?

BENITO. Sí, hija mia, sí. Comprende que desde la muerte de tu madre, cuando quedaste interna en el colegio, he vivido siete años encerrado en el pueblo sin salir más que á hacerte de vez en cuando una visita, y ya estoy habituado á aquellas costumbres y me entra el sueño á las nueve de la noche, y me aterra la idea de ponerme de tiros largos y estarme hasta la madrugada haciendo cortesías y cumplimientos, viendo divertirse á los demas y abriendo mucho los ojos para que no se me cierren.

ELOISA. Pues ya ves, qué remedio! Hoy no sólo vamos por mi gusto, sino por compromiso. Es el cumpleaños de mi mejor amiga; su padre el general me ha invitado y no podemos faltar.

BENITO. (Eso de que no podemos... Si yo la hiciera desistir... La ofreceré algo que la seduzca.)

ELOISA. Y que va á ser brillante la reunion; todos los periódicos la anuncian.

BENITO. Oye, Eloisa, ven acá; siéntate aquí. (Sentándose en la marquesita que habrá junto á la chiménea, sobre la que están los puños y el cuello postizo.) Ya sabes cuánto te quiero; ya sabes el placer que tengo en satisfacer tus menores caprichos...

ELOISA. Es verdad, papaito, y yo te lo agradezco con toda mi

alma. (Abrazándole y separándose al ver que D. Benito va á abrazarla.) Cuidado, que me arrugas el vestido.

BENITO. Pues bien, apropósito de vestidos: ¿recuerdas uno que vimos la otra tarde en un escaparate de la calle de Espoz y Mina, que tú decías que era de brocha?

ELOISA. Brochado, papá.

BENITO. Bien, es lo mismo.

ELOISA. Ya lo creo que me acuerdo! Precioso era.

BENITO. Pues te lo compro.

ELOISA. De veras?

BENITO. Te lo compro.

ELOISA. Qué gusto! Cuánto te lo agradezco!

BENITO. ¿Y te acuerdas de aquella pulsera con una mariposa de esmeraldas que tanto te gustó en casa de Ansorena?

ELOISA. ¿No he de acordarme? Es lindísima!

BENITO. Pues te la voy á comprar

ELOISA. Para estrenarla esta noche en el baile! Qué bueno eres!

BENITO. No, hija mia, no; te compro la pulsera y el vestido á condicion de no ir al baile esta noche.

ELOISA. Ay! Eso no, papá; (Levantándose.) renuncio á todo con tal de ir al baile.

BENITO. (Vaya, no hay remedio... Me resignaré!) (Levantándose.)

ELOISA. Pero, papá!...

BENITO. Qué?

ELOISA. Que te has sentado sobre los puños y el cuello!

BENITO. Ya extrañaba no haber hecho en tanto tiempo alguna de las mias!

ELOISA. Voy á sacarte otros inmediatamente (Va á la cómoda y los saca.) Y anda, anda pronto, que no hay tiempo que perder. Ve á comprarte la corbata blanca. (Indicando por el balcon.) Allí junto á aquella obra hay una guantería.

BENITO. Pues hasta luégo. (Poniéndose el sombrero.)

ELOISA. Papá, que te vas en bata.

BENITO. Ay! Es verdad! Qué cabeza!

ELOISA. Toma el gaban. (Se lo da y vuelve á la cómoda. D. Benito se pone el gaban sobre la bata.)

BENITO. (Este bailecito me está haciendo poquísima gracia!) Hasta luégo: vuelvo al instante.

ELOISA. Papá?

BENITO. Qué?

ELOISA. Mira cómo vas!

BENITO. Toma! Pues es cierto! (Quitándose el gaban y la bata y poniéndose luégo el gaban solo.)

ELOISA. Eres incorregible!

BENITO. Ea! Estoy bien ahora?

ELOISA. Sí, vete pronto!

BENITO. Ay! El baston! Dónde lo he puesto? Aquí está. (Coge la paleta de la chimenea junto á la cual está el baston y váse.)

ESCENA V.

ELOISA, que ha puesto sobre la silla otro cuello y otros puños.

Pobre papá! De qué mala gana va al baile! Pero ¡qué remedio! no es posible faltar. En cambio ya le gustará leer en los periódicos mañana: «Entre los concurrentes se encontraban los duques de tal y de cual, los marqueses de esto y de lo otro, los condes de lo de más allá y el rico hacendado señor de Zarandillo con su bellísima hija.» Porque creo que me llamarán bellísima... Se lo llaman á otras que son unos coquitos!... Gran noche voy á pasar! Porque será un baile como aquel á que me llevó mi tia: una gran *soirée*.—Las otras reuniones que he frecuentado eran familiares; un piano, diez ó ó doce muchachas y tres ó cuatro muchachos nada más. Siempre escaseaban ellos; así es, que aunque no había buffet, se quedaban muchas comiendo pavo.—En cambio esta noche abundará lo más distinguido del sexo feo... que yo no sé por qué le llaman feo, porque hay hombres muy guapos!... Hoy estarán allí los ayudantes del general... Y qué simpático es aquel de húsares!... Los húsares me gustan mucho: llevan un uniforme tan vistoso, tan alegre... y ese muchacho lo vis-

te con una gracia y una soltura!... Tambien estará aquel capitan de ingenieros tan chiquitin y tan gracioso, que nos hace reir tanto con sus ocurrencias! Y lleva el uniforme con una distincion... Tambien me gustan mucho los ingenieros. Y el que no faltará de ningun modo, es el teniente de Estado mayor, aquel de los bigotes rubios que hacía el amor á Luisa... Ya dicen que tronó con ella... Ese sí que es lo que se llama un buen mozo. Luégo como el uniforme es tan sério, tan elegante!... Aquel sombrero con plumas, aquella faja azul... Vamos, me gustan mucho los de Estado mayor! Ya estoy viendo mi entrada en los salones. Todo serán galanterías; este me dirá una cosa, aquel me dirá otra, y sonará la orquesta y me invitarán á bailar... Dios quiera que lo primero no sea rigodon. Los rigodones me cargan... Es un baile tan ceremonioso y tan poco baile!... Todo se reduce á paseitos y saludos... (Tarareando y haciendo un paso de rigodon. Luégo cesando de bailar de pronto dice:) Vamos, que me aburre! En cambio el vals corrido... Eso es un baile!... Aquella salida tan brillante!... (Haciéndola mientras tararea.) Y luégo muchas vueltas, muchas vueltas! (Valsa rápidamente sin reparar en Pedro que entra por el fondo y se queda mirándola.)

ESCENA VI.

ELOISA, PEDRO, que entra con el pantalon, el frac, el chaleco y el clac de D. Benito.

PEDRO. (Jesús! Parece un molinillo!) Señorita!
ELOISA. Ah! Eres tú?
PEDRO. Aquí está todo.
ELOISA. Gracias á Dios! Déjalo ahí. (Váse Pedro.)

ESCENA VII.

ELOISA y luégo D. BENITO.

ELOISA. Á ver! (Revisando lo que trajo Pedro.) El frac, el chaleco, el pantalon y el clac. Perfectamente! No falta nada!

BENITO. (Que entra con las botas, el pantalon y el gaban muy manchados de blanco.) Mal haya mi suerte, amen!

ELOISA. Ah, papá! Qué es eso?

BENITO. Esto? cal!

ELOISA. Qué te ha pasado?

BENITO. Nada! Que al salir de la guantería me he caido en un pozo de cal de esa maldita obra.

ELOISA. Pero no ha visto usted el farolillo que tienen puesto?

BENITO. Pues porque lo he visto, me he ido derecho hácia él! Esos faroles parece que están diciendo: «Pase usted por aquí, caballero, pase usted por aquí!» Y por pasar ya ves lo que me ha pasado!

ELOISA. Y te has hecho daño? Á ver?

BENITO. No; si he caido sentado.

ELOISA. Ménos mal!

BENITO. Sólo me duele un poco la nariz.

ELOISA. La nariz y has caido sentado?

BENITO. Sí, hija sí; me dí un encontron con las rodillas!

ELOISA. Eso no es nada! Aquí tienes el traje negro. Ya puedes vestirte. Dónde tienes la corbata blanca?

BENITO. Ahí en el gaban; búscala. Voy á lavarme las manos. (Se lava.)

ELOISA. Ay, papá, (Cogiendo con cuidado el gaban.) yo no me atrevo á andar con esto; voy á ponerme perdida!

BENITO. Trae, mujer, trae. (Registra los bolsillos con las manos mojadas tirando al suelo unas cartas y varios papeles que sacará de ellos.) Aquí está... Toma. (Dándole la corbata envuelta en un papel. Vuelve á lavarse las manos.)

ELOISA. Pero ¿qué es lo que has traido aquí?

BENITO. Una corbata.

ELOISA. Negra!

BENITO. Negra! No puede ser.

ELOISA. Mírala.

BENITO. Toma! Pues es cierto. Esa ha sido una equivocacion del comerciante!

ELOISA. Tuya sí que habrá sido. Pedro! (Dirigiéndose á la puerta del foro.)

BENITO. Pues señor la cosa no tiene nada de particular. Las botas las llevé negras y las traigo blancas; la corbata he debido traerla blanca y la traigo negra... Váyase lo uno por lo otro.)

ELOISA. (Á Pedro que sale.) Vé inmediatamente á la guantería de ahí abajo y dí que te cambien la corbata que ha traido papá por otra blanca. (Váse el criado. D. Benito se está enjugando las manos en la camisa que estaba al respaldo de la silla cerca del lavabo.)

BENITO. No lo dudes, hija mia; ha sido una distraccion del guantero.

ELOISA. Qué haces, papá?...

BENITO. Eh?

ELOISA. Que te estás limpiando en la camisa!

BENITO. Ay! Pues esta distraccion sí que ha sido mia!

ELOISA. Acabas con la paciencia de cualquiera... Te sacaré otra camisa (Va á la cómoda.)

BENITO. Conque este es el traje de frac? (Maldito sea el frac!) Y esto qué es? (Tomando la caja del clac.)

ELOISA. El sombrero.

BENITO. El sombrero? Me han traido un sombrero de señora? Otra distraccion del sombreroro! No soy yo sólo quien las padece! (Abre la caja y saca el clac.)

ELOISA. Si es el clac!

BENITO. Y cómo se pone esto? Voy á parecer un marinerito.

ELOISA. Jesús! Parece increible que no sepas ciertas cosas! Mira como se abre. (Abriéndolo.)

BENITO. (Bajándose á mirar como se abre á tiempo de soltar el muelle.) Caracoles! Ahora lo comprendo! Qué modas tan extrañas! Y sabes que si á todos los concurrentes al baile les

da la idea de abrir á un tiempo los sombreros parecerá aquello un fuego graneado! Me está bien! Por supuesto, que á los bailes no debe llevarse nunca sombrero nuevo.

ELOISA. Por qué?

BENITO. Porque es muy fácil que se lo cambien á uno en el guardaropa!

ELOISA. Pero como el clac no se deja en el guardaropa...

BENITO. Pues dónde se deja?

ELOISA. En ninguna parte. Se lleva toda la noche debajo del brazo.

BENITO. Debajo del brazo? (Poniéndoselo sin cerrar.) Pues voy á parecer una criada que va á la fuente con el botijo!

ELOISA. Papá! Si no me tuvieras á mí para instruirte en estos detalles, qué sería de tí?

BENITO. Que qué sería de mí? Que me pasaría las noches sin ir á los bailes y durmiendo tranquilamente.

ELOISA. Trae acá ese sombrero. (Cogiéndolo.) Mira. El clac se cierra de este modo, (Lo cierra.) y una vez cerrado se lleva así. (Poniéndoselo bajo el brazo.)

BENITO. Ah! Conque así toda la noche?

ELOISA. No; tambien se lleva de este modo en la mano!

BENITO. Muy bonito! (Tomándole como si fuera una bandeja.) Parecerá que voy pidiendo para la Cruz de Mayo. Estas modas me cargan. Á mí me gusta el pan pan y los sombreros... sombreros.

ESCENA VIII.

DICHOS y PEDRO, por el fondo.

PEDRO. (Entrando con la paleta de la chimenea.) Señorita, aquí está la corbata blanca, y esto (La paleta.) que se ha dejado usted (Á D. Benito.) olvidado sobre el mostrador.

BENITO. Yo?

ELOISA. Papá! La paleta de la chimenea!

BENITO. Ah! Vamos, sí! La tomé por el baston; ya extrañaba yo qué pesara más que de costumbre.

ELOISA. Y ahora que recuerdo!... Si nos falta lo principal.

BENITO. Qué nos falta, hija mia?

ELOISA. El coche. No hemos de ir á pié.

BENITO. Claro que no! Pedro! Vé á buscar un simon y que espere á la puerta.

ELOISA. Un simon, papá? no te parece poco?

BENITO. Poco?... Bueno, pues que traiga dos.

ELOISA. No es eso. Creo que para ir á un baile de esa importancia, debemos llevar berlina de lujo. Tú sabes dónde las alquilan? (Á Pedro.)

PEDRO. Sí señora! En casa de Lázaro! Poquitas que he ido yo á alquilar cuando estaba en casa del señor de Mendoza! Siempre iba en berlina!

BENITO. Nosotros iremos tambien en berlina. Vé á buscarla. (Váse el criado.)

ELOISA. Ea! Pues ahora á vestirte prontito. Yo voy á mi tocador para arreglarme un poco. Hasta luégo.

BENITO. Adios, hijita, adios! (Váse.)

ESCENA IX.

D. BENITO, solo.

Mire usted que tener que ponerme ahora *de tiros largos*! Señor, ¿por qué no se había de ir á los bailes como uno está en su casa? ¿No estoy yo acaso presentable de este modo? Pero la sociedad lo exige y no hay más remedio. Sacrifiquémonos en aras del amor filial... digo, del amor paterno! Por supuesto, que una y no más como dijo san .. ¡Qué santo fué el que lo dijo? En fin, como dijo el que lo haya dicho. (Se quita el chaleco y lo tira.) La camisa! (Cogiéndola de la marquesita donde la habrá puesto Eloisa.) Vamos, que mudarse de camisa á las diez de la noche! Estas cosas no pasan más que en Madrid. Por eso hay aquí tantas pulmonías! (Se sienta en una butaca cerca de la chimenea de espaldas al público. Se pone la camisa encima de la que lleva puesta.) Carambita, y

que hace frio esta noche! Llevaré puestas las dos! Así, abrigadito: si no, vestido de etiqueta voy á helarme! Y el pantalon negro? Dónde está el pantalon negro? (Se quita el suyo y lo tira, siempre oculto á la vista del público por el respaldo de la butaca.) Ah! Allí está! (Va á levantarse en calzoncillos y desiste, acercándose al sitio en que está el pantalon negro arrastrando la butaca en que está sentado. Coge el pantalon y se lo pone.) Huy! Qué fino es! Pobres piernas mias! Intenciones me dan de ponerme debajo otros pantalones! Pero no! Resignémonos á coger un catarro! La sociedad lo exige. Ay! Qué cosas exige la sociedad! (Levantándose.) Ajajá! Si no fuera por mi hija, en seguida me veía yo en estos aprictos: no aprietos, no; el pantalon me está un poquito ancho. Qué le vamos á hacer? Ya no es hora de composturas. La comodidad de los cuellos postizos no he podido yo explicármela satisfactoriamente! (Coge el cuello y procura inútilmente abrocharse el boton de atrás.) Dicen que esto es muy cómodo! Mi cuñada se empeñó en que había de hacerme todas las camisas sin cuellos y cada vez que me pongo uno hago un ejercicio gimnástico! Adios! ya saltó el botoncito! ¿Dónde habrá un alfiler? (Se vuelve á buscarlo sobre el lavabo, enseñando la papeleta del sastre colocada en mala parte.) Bueno! Así irá más seguro. (Prendiéndoselo se pincha.) ¡Huy! Por poco me descabello! (Se chupa el dedo.) Nada! Lo que yo digo! Esto es muy cómodo! (Abrocha uno de los extremos del cuello, dejando el otro suelto.) Dónde andará la corbata? Corbatita de mis pecados! Aquí está! (Poniéndosela.) Y decir que la corbata blanca es elegante! Para esto mejor era no llevar ninguna. Iría uno más holgado! (Coge el chaleco y se lo pone.) Á cualquiera cosa llaman aquí chaleco! Esto no puede abrigar! Calle! sobra un boton! Le han puesto un boton de más! (Abotonándose desigualmente.) Y está tambien bastante ancho! No puedo negar que voy muy ancho al baile. Ahora vamos á ponernos la prenda clásica de la etiqueta! El frac! (Poniéndose el frac, que con una

manga metida en otra aparece doblado por la mitad.) Dichoso fraquecito! Cuánto más elegantes eran aquellos azules ó de color de canela con botones dorados que se usaban en mis tiempos: aquellos sí que eran bonitos! Pero estos! Por delante son ni más ni ménos que la chaqueta de un camarero de café. Y por detrás... Calle! ¿Dónde está la otra mitad? No me han traido más que medio frac! Ah! vamos! Aquí está el otro medio! (Desdoblándolo.) Qué me falta ahora? Ah! los puños! (Se los pone.) Así! muy fuera, muy fuera! Dicen que se deben sacar todo lo posible! Pues señor, bien; ya no me faltan más que los guantes. (Al buscar los guantes se le cae un puño al suelo y no lo nota.) Esto de los guantes es lo único que comprendo! Son incómodos, pero dan cierta distincion! (Se pone un guante y el otro, que está cosido á éste, queda colgando.) Y el otro? Dónde he metido el otro? (Buscándolo por los bolsillos.) Ah! Vamos! No había reparado! (Lo desprende y se lo pone.) La falta de costumbre! Pero cualquiera conoce al verme que yo no estoy habituado á llevar estos adminículos! (Al volverse de espaldas se ve que lleva puesta en el frac la papeleta del sastre.) Antes que se me olvide voy á ejercitarme en abrir y cerrar el sombrerito. (Lo coge y va á abrirle con temor y separándose como si fuera á disparar un arma de fuego.) Así, así me voy acostumbrando á los disparos. Ahora, en su lugar descansen. (Lo cierra apoyándolo sobre el pecho, colocándolo luégo bajo el brazo.) Probemos otra vez. Apunten! Prum! (Lo abre ya sin temor.) Cómo se conoce que ya no es la primera vez que entro en fuego! (Se pone el clac.) Eh? Qué tal? Qué me falta á mí para ser un elegante de primera? (Sacándose los puños.) Que qué me falta? Me falta un puño! Señor! Dónde se ha ido ese puño? Ya lo veo! Se me había caido! Tambien son muy cómodos los puños postizos! (Lo coge del suelo y se lo pone encima del otro.) Ea! Estoy arreglado de piés á cabeza! (Repara en las botas.) No! de piés, no! Dios mio! iba á lanzarme al baile con las botas llenas de cal! Bueno

hubiera estado! Llamaré á Pedro para que me las limpie. Pero si ha ido á buscar el coche! Vaya! Me las limpiaré yo! (Se quita una bota, coge el cepillo de la ropa y sin quitarse los guantes limpia la bota con entusiasmo, poniendo debajo del brazo el cepillo cada vez que muda de mano la bota que limpia.) Qué dirían los concurrentes al baile si supieran que yo me he limpiado las botas! Caramba! Y cómo se suda en este ejercicio! (Echándose atrás el sombrero y limpiándose el sudor con el cepillo.) Los limpia-botas son unos seres muy desgraciados! Ya está bien! (Se la pone.) Así, perfectamente! (Avanzando el pié en que lleva la bota que ha limpiado y mirándola con complacencia.) No me falta nada! Bien ataviado, con mis botas limpitas... Gracias á Dios! Es la primera vez en mi vida que he hecho todas las cosas en regla.

ESCENA X.

DICHOS, ELOISA con abrigo, MANUELA por la puerta derecha y PEDRO por el fondo.

ELOISA. Papá, que es muy tarde! Estás ya?
BENITO. Sí, ya estoy. Ha venido Pedro?
MAN. Aquí está.
ELOISA. Ha venido el coche?
PEDRO. Sí, señorita; á la puerta está esperando.
ELOISA. Ea, vamos, papá.
BENITO. V' mos, sí, vamos.
ELOISA. Pero... Jesús!
BENITO. Qué es ello?
ELOISA. Cómo vas así!
BENITO. Cómo?
ELOISA. Con esa bota llena de barro!
BENITO. (Pues juraría que había limpiado las dos!)
ELOISA. Pedro, cepíllesela usted. (Coge Pedro el cepillo de encim de la cómoda y le cepilla la bota.) Y el cuello sin abrochar y el chaleco torcido!... Eres lo más descuidado!

BENITO. No te incomodes, hija, no te incomodes; todo se arreglará. (Volviéndose hácia la cómoda.)

ELOISA. Y con la etiqueta pegada á la espalda!

BENITO. Qué etiqueta!

ELOISA. La del sastre. Si llegas á entrar así en el salon nos lucimos!

BENITO. Siendo como es el baile de etiqueta, no podía ir más en carácter.

ELOISA. Quítasela, Manuela, mientras yo le arreglo. (Pedro se arrodilla y limpia la bota á D. Benito en tanto que Eloisa le abrocha el chaleco y Manuela despega la etiqueta.) ¡Ay, papá, papá! Qué distracciones tan incomprensibles!

BENITO. Ay, hija mia! qué bailecitos tan inconvenientes!

ELOISA. Manuela, tú te acuestas en cuanto nos vayamos, y tú, Pedro, nos esperas.

PEDRO. Está bien, señorita.

ELOISA. Ya estás. Vámonos, que es muy tarde. (Siempre llegaré despues del primer vals corrido!) Puedes retirarte, Manuela.

MAN. Buenas noches; que ustedes se diviertan. (Váse puerta izquierda.)

ELOISA. Vamos, papá. (Váse.)

BENITO. Andando!—Dios mio! Me iba sin sombrero!...

PEDRO. Tome usted, tome usted! (Dándole el sombrero de copa.)

BENITO. Ah! (Poniéndoselo y quitándoselo de pronto.) Ya se me olvidaba. (Lo aplasta como si fuera un clac, se lo pone apabullado y váse.)

ESCENA XI.

PEDRO solo, arreglando los muebles, las ropas, etc.

Bueno queda todo cuando el amo sale de una habitacion. Á señores desarreglados he servido, pero como este ninguno. (Cogiendo la ropa y metiéndola en desórden en la cómoda.) Anda, anda! las cartas del correo de hoy por el suelo y sin haberlas abierto todavía! Se lo adver-

tiré mañana, porque si no es capaz de no leerlas nunca.—Las once y media y no volverán hasta las seis de la mañana. Lo que es yo, sin dormir no me estoy. Aquí junto á la chimenea me pasaré la noche tan ricamente. Con esta marquesita y con esta butaca me arreglo yo una camita. (Acercando la butaca.) Así! y este gaban me servirá de manta. Pues señor, á dormir. (Apaga el quinqué y queda á oscuras. Se acuesta.) Cuatro horas de un tiron nadie me las quita. (Suena la campanilla.) Adios, al señor se le ha olvidado algo! (Levantándose apresuradamente.) De seguro! (Campanillazo.) Voy! dónde he puesto yo los fósforos! (Campanillazo.) Voy! abriré á oscuras. (Sale á tientas y vuelve á entrar precedido de D. Benito.)

ESCENA XII.

D. BENITO y PEDRO.

BENITO. Pero á quién se le ocurre no sacar una luz! Y el quinqué? Dónde has puesto el quinqué?

PEDRO. Se me ha apagado.

BENITO. Qué descuido! Me cargan las personas descuidadas! Trae una luz inmediatamente!

PEDRO. En seguida. (Váse por la izquierda.)

BENITO. Qué cabeza la mia! Pero no me he ido con este sombrero apabullado! Si Eloisa no repara en ello, así me lanzo al baile. Dónde habrá puesto el clac! ¿Y los fósforos? Yo tenía fósforos. Deben estar por aquí, sobre la chimenea. (Toca el quinqué y se quema.) Demonio! Me he abrasado con el tubo del quinqué? Qué es esto? (Tentando el lavabo.) Ah, sí; la cómoda. Aquí habrá fósforos! (Mete la mano en la palangana.) Canastos! Ménos mal, me aliviará la quemadura. Pero esos malditos fósforos!... (Buscando sobre el lavabo tira al suelo frascos, botes, etc.) Me parece que algo se va á caer al suelo. Nada, no los encuentro... Y ese zángano sin venir! Pedro! Pedro! (Yendo á la cómoda.) Una luz! Ah! Vamos! aquí hay cerillas.

Gracias á Dios! (Enciende una y con ella una bujía de la palmatoria. Despues tira la caja y se guarda el fósforo apagado en el bolsillo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, MANUELA y PEDRO, ambos con palmatorias.

MAN. Qué es eso? Qué pasa?

PEDRO. Aquí está ya, señorito.

BENITO. Así! Ántes á oscuras y ahora iluminacion. Para qué tanta luz? (Las apagan los tres á un tiempo. Oscuro.) Muy bien, hombre, muy bien! (Buscando la caja de fósforos en el bolsillo.) Pues estoy seguro de que guardé la caja de fósforos en el bolsillo. (Pedro enciende la bujía.) Vamos. Y Eloisa que estará impaciente esperándome! Á ver, dónde está el clac? Dónde diablos lo he puesto?

PEDRO. Tome usted.

BENITO. Ya era hora.

ESCENA XIV.

DICHOS y ELOISA por el foro.

ELOISA. Pero papá, por la Vírgen Santísima, que vamos á ir al baile al amanecer!

BENITO. Si no encontrábamos los fósforos! Ea, vamos!

ELOISA. Mira ántes de salir si te falta algo, no tengamos que subir otra vez!

BENITO. No, ya no me falta nada.

PEDRO. Señorito, se deja usted estas cartas?

BENITO. Cuáles?

PEDRO. Las del correo de esta mañana que están sin abrir.

BENITO. Sin abrir! No es posible! Pues es verdad! Veré si hay alguna de interés...

ELOISA. Papá, por Dios! Ya las leerás mañana!

BENITO. No, hija, no! Puede haber alguna urgente. Alumbra, Pedro.

ELOISA. Jesús! Qué paciencia se necesita!

BENITO. (Abre una y lee.) Vaya, lo ves?

ELOISA. Qué?

BENITO. Que ya no podemos ir al baile.

ELOISA. Cómo! Qué pasa?

BENITO. Que mi primo Celedonio, el magistrado de Cáceres, se ha muerto!

ELOISA. Ay! Dios mio! (Desfalleciendo.)

BENITO. Hija! por Dios!

ELOISA. Ah! (Se desmaya.)

BENITO. Que no es para tanto, que era tio segundo! Se ha desmayado.

MAN. Señorita!

BENITO. Sostenla. Voy por el frasco de sales inglesas. Qué sensible! Por un tio segundo! (Váse y vuelve en seguida.)

MAN. Pedro, trae un vaso de agua. Pronto, hombre.

PEDRO. Voy! (Váse. Sale D Benito con el frasco.)

BENITO. Pobre hijita mia! Esto la hará volver en sí inmediatamente. Huele, hija mia, huele. (Aplicándole el frasco á la nariz.)

ELOISA. Ay!

BENITO. Lo ves? Ya vuelve.

ELOISA. Ah... ah... achis! (Estornudando fuertemente.)

BENITO. Vamos, tranquilízate. Era ya muy viejo. Pobre señor!

ELOISA. (Cortando la frase por varios estornudos.) Ya no... vamos... al baile... achis!

BENITO. Vamos, el no ir al baile es lo que la impresionaba. Anda, acuéstate, hija mia, acuéstate.

ELOISA. (Como ántes.) Y... haberme... ves... tido... para... esto! Achis! Achis! (Váse.)

MAN. Pobre señorita! Ella que estaba tan ilusionada! Qué pena me da!

BENITO. Tambien tú te has puesto nerviosa? Huele, huele! (Le da á oler el frasco y Manuela estornuda como Eloisa.)

MAN. Ay! qué olor tan fu... fu... fuerte! Achis! (Váse estornudando.)

BENITO. Qué efecto tan raro!

PEDRO. (Que entra con un vaso de agua.) Aquí está el agua!

BENITO. Ya no hace falta.

PEDRO. El cochero pregunta que si espera.

BENITO. Qué ha de esperar, hombre? Que se vaya! (Al accionar violentamente con la mano en que tiene el frasco, acerca éste á la nariz de Pedro que estornuda.)

PEDRO. Es... ta .. ta... bi... bi... en! Achis! (Váse.)

BENITO. Tambien éste! No me explico el efecto! Un olor tan agradable! (Oliendo.) A... achis! (Mirando el rótulo.) Demonio! Si es amo... amo... amo... niaco... para... quitar... manchas... Achis! (Tira el frasco y se dirige al público.)

Ya se acabó el juguete;
(Estornuda.)
si les agrada,
den por cada estornudo
una palmada.
(Varios estornudos.)

FIN DEL JUGUETE.

